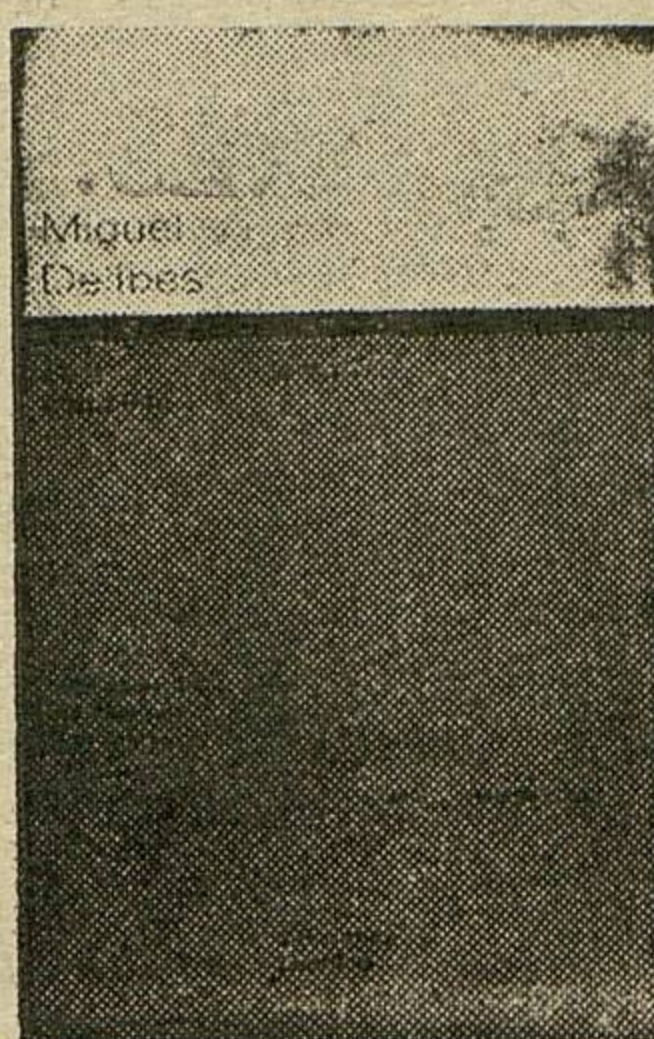




El hombre como expresión

Es indudable—y voces autorizadas así lo han diagnosticado—que el hombre de nuestros días vive el gran momento de la acción, es decir, que el hombre actual hace mucho que ha comenzado a vivir fuera de sí. Pero no como Santa Teresa nos decía en aquel su “vivo sin vivir en mí”, pues tal enagenación, tal desasimiento, aquel su vivir fuera de sí ciertamente respondía a motivaciones bien antipodas y extrañas a las del hombre de nuestra época. El hombre vive fuera de sí, solicitado, vaciado de su más estricta intimidad, masificado, lo que equivale a decir estéril en su individualidad. Hombre-masa, hombre-máquina, o peor aún, hombre-pieza acoplado a una cadena de producción que le embrutece y roba el ánimo, que le sumerge así en la acción,

en la más pura e inhumana acción. “El hombre—decía Ortega—es el animal que ha logrado meterse “dentro de sí” y cuando se pone “fuera de sí” es que aspira a descender y recae en la animalidad”. El hombre regresa a la selva, al frío egoísmo de la selva, al aséptico mundo sin calor y sin alma que la técnica ha creado y el que el hombre vive en soledad sintiéndose vacío y desamparado pese a sentirse inmerso en esa riada de humanidad que constituye la urbe a su vez formada por millares y millares de seres igualmente acosados de ese mismo angustiado silencio, de esa tremenda e irreversible soledad. El hombre despojado, el hombre deshumanizado, el hombre sin más meta que la de su egoísmo. “Los hombres ya no saben amar”. Delibes nos recuerda esta frase de Camus que califica de afirmación de tal exactitud patética, “que sobrecoge”. Y añade: “El desamor, la indiferencia



Miguel Delibes

por José DEL RIO SANZ

por el prójimo—por los tarados, por los viejos, por los subnormales, por los pobres—es patente”.

La actual sociedad del consumo y del desarrollo, la moderna sociedad en la que el hombre se siente perdido y más solo que nunca, sin amor, sin donación ni esperanza movido por ideas ruines y pragmáticas deja al hombre insatisfecho de sus logros que no le traen la felicidad porque una vez conseguidos sigue expoleándole para llegar, para subir, para promocionar, para agotarse en el esfuerzo como un nuevo Sísifo que empujara el fardo de sus ambiciones por la cuesta cada vez más pronunciada de sus deseos. Yo recuerdo a este respecto una frase atroz de Oberndorfer—el sociólogo develador de los grandes males de la sociedad americana—cuando enjuicia el optimismo—el falso optimismo—de esa misma sociedad: “En el mercado de la personalidad—dice—la buena presencia produce los mayores dividendos...”. Es decir, el mundo que protagoniza la acción, la sociedad de extrovertidos que se proyecta hacia afuera, no tolera los pobres, los desgraciados, los listados, los enfermos, los viejos. El mundo americano y el resto del mundo, hace del hombre que sufre en su cuerpo y su espíritu, objeto de lazareto. Es el apestado, el leproso cuya visión es preciso raer de un mundo de optimismo y de sonrisas, un mundo de cromo y de níquel, fulgurante y refulgente, pero frío, sin alma y sin entrañas, sin amor, acaso porque insensatamente huyó del dolor. Un mundo, en efecto, en el que los hombres no saben amar, porque antes no supieron sufrir; en el que se banalizan los afectos y así se engaña a sí mismo. Mira al cielo, y solo ve un turbio y sucio cendal de polvo y humo asomado entre la masa de hierro y de cemento de sus edificios. Un mundo en que el día y la noche no tienen otras auroras, otros crepúsculos, que el de la luz de neon de sus grandes avenidas que se apagan o encienden con triste y aséptica regularidad. Jungla de cemento y de asfalto, de movimientos autómatas en los que la acción—la calle, la fábrica, el estadio, los cines—se ha convertido en un monstruo devorador de la personalidad masificada, desespiritualizada, desindividualizada y así convertida en sucedáneo de vida, en su sombra o entelequia.

Sí, es cierto. El hombre se ha perdido. Yo no se si definitivamente, pero la civilización actual está repitiendo con peligroso éxito el mito de Cronos que devora a sí mismo al engullirse sus propios hijos. Este peligro, esta realidad es la que el hombre masificado de nuestra hora se resiste a conocer deslumbrado por los turbios eslogans de la propaganda. Pues el peligro mayor que le acecha y al fin pudiera absorberle no es sino el desconocimiento de su situación. El hombre ya no piensa. El hombre no lee. El hombre—el hombre-masa—solo mira, y creyéndose libre, más omnímodamente libre que nunca, se disipa en la acción de la que, como en la producción en cadena de los artillugios entre los que vive y a los que adora, es sólo una pieza encajada en tan monstruoso mecanismo al que otras inteligencias le dictan sus comportamientos. Cree divertirse y no se da cuenta de que sus impulsos, sus motivaciones, sus reacciones, han sido minuciosamente calculadas en los laboratorios de la propaganda, y así come, compra, se viste y se divierte a golpe de frases publicitarias, como un muñeco y con el mismo automatismo con que para su coche o sus pies ante la luz roja o verde de los semáforos. Se lamenta de estar condenado a ser libre, y ni esto es verdad, porque sus más íntimos comportamientos se ven turbados, mediatizados, influenciados y constantemente dirigidos hacia objetivos de antemano previstos y calculados. ¿Cómo extrañarnos así de la soledad del hombre, del dolor del hombre, del absoluto infortunio del hombre, vaciado de mitos, raído de espiritualidad y perdido en un mundo desacralizado que ha olvidado su norte, que no sabe a dónde va porque desde el principio rechazó de dónde venía? “El mal del siglo—escríbe Delibes en el prólogo del tomo tercero de sus “Obras Completas” que sirve hoy de base a nuestro comentario—progresó por todas partes. Los hombres nos cerramos en nuestra concha... Siendo cada día más, cada vez estamos más solos...”. Ciertamente el hombre en soledad, el hombre ensoledado, el hombre desentrañado y privado de conciencia, el hombre que vive fuera de sí, que se animaliza y se enrebaña; que vive en manada y se siente conducido, peor, que es conducido—¿a dónde?—sin que ni siquiera se de cuenta de ello. El hombre, y su circunstancia, el hombre en las soledades de su alma, en el dolor y en el miedo de la vida. Y el hombre que también busca al hombre que le está más próximo, es decir, que se proyecta sobre los demás, sobre el prójimo, tendiendo hacia él sus manos implorantes; suplicando una moneda, una limosna, si no de amor, siquiera de compañía. Hombres—hombres y no hombres—cosa, hombres cosificados. Hombres ciertamente hechos de egoísmo, pero también de desolación y de angustia que es lo que menos se parece al egoísmo. Hombres de dolor que es cuando los hombres son más hombres porque precisan de los demás.

Estos son los hombres que Delibes perfiló un día en estas tres novelas—“Aún es de día”, “La hoja roja”, “Las ratas”. Ellas vienen a ser como islas en este mundo apócrifo que nos toca vivir. Hombres de carne y hueso que laten en un universo de egoísmo y de desamor, de abandono y de soledad, pero que están ahí como estímulo, como promesa de que es muy posible que el proceso de deshumanización de los seres no sea del todo irreversible; de que de esta sociedad nueva, aséptica, de tanteación o por reacción el reencuentro del hombre. Pues el hombre tiene que vivir de los demás. Vivir su propio dolor, su carencia, su incertidumbre, su soledad para penetrar en los seres que le rodean. Buscar su compañía que es tanto como volver sobre sí. Que, en efecto, es lo que hacen los personajes humanísimos que Delibes un día echó a rodar por el mundo: el tarado Sebastián, el viejo Eloy y su chacha la Desi, el tío Ratero y Nini, esos personajes de las tres novelas que ahora hemos vuelto a releer, a vivir en ellas de nuevo la peripecia de esta humanidad tan humana, tan hecha por el hombre en la que Delibes vuelve a darnos las claves del humano vivir que se polariza también en el tiempo perdido y eternamente recuperado del novelista que es de donde mana, como de un venero imagoable, toda la hondura de hontanar puro y limpio, puro y enriscado de su producción literaria: la infancia, la muerte, la naturaleza, el prójimo...

MIGUEL DELIBES.—Obra completa.—Tomo tercero. —Novelas “Aún es de día”, “La hoja roja”, “Las ratas”. —Ediciones Destino.—574 páginas.—Barcelona, 1968.

"Reporta" de Córdoba, 6/10/68.

MD

«Volumen tercero de la obra completa», de Miguel Delibes. Ediciones Destino, Barcelona, 1968.

Reúne tres novelas: «Aún es de día», «La hoja roja» y «Las ratas», es decir, aquellas en que el autor acentúa, si cabe, su propensión al conocimiento, a la apreciación del prójimo, como un ser próximo, cercano, que es, a la vez, un hermano nuestro. Delibes ha proclamado siempre su fe en el principio cristiano de la caridad: «Amaos los unos a los otros». En el prólogo de este volumen subraya esta creencia suya y señala cómo este acercarse con amor a las criaturas que le rodean le ha llevado a verlas como son y a contárnoslas como en esas tres novelas nos las describe. Y, en efecto, nadie que lea esos tres libros puede dejar de querer al pobre don Eloy, de «La hoja roja»; al maravilloso «Nini», de «Las ratas»; al desgraciado Sebastián, de «Aún es de día». Nadie puede tampoco negar que la vida en que subsisten, en que vegetan esos pobres seres, es una vida dura, hostil, en la que malviven solitarios, hambrientos de comprensión, de compañía y de cariño, como todos en verdad hemos estado o estamos. Nadie puede dejar de reconocer que, vistos como los ve Delibes, estos seres, todos los seres, merecen ese amor, ese respeto que se les suele negar porque no se les mira, porque no se les ve. Delibes mira y ve, y, además, cuenta y señala. No es la vida que refleja un motivo de orgullo para nosotros, no, nada de eso. Pero aún será peor si, tras de la lectura de estos libros, seguimos siendo iguales, no mejoramos en nada, no sabemos —a nuestra vez— mirar y hacernos cargo, mirar y comprender, comprender y perdonar, perdonar y amar. Amar, sobre todo, amar: es lo que importa en este mundo atroz de hoy. Porque son libros de amor, suenan los libros de Delibes de un modo diferente. Porque el amor se ha hecho en ellos artista es por lo que el arte de Delibes nos subyuga tanto. Basta, para verlo, con leer con atención y con cariñoso cuidado cualquiera de estas novelas. Y este volumen, que las reúne, es una excelente ocasión para experimentarlo. Ojalá que esa experiencia tiente a muchos. Nos hace falta a todos que así sea.

14-7-68